

Luis García-Ochoa: Historias de su historia más cercana

Luis García-Ochoa: Stories of his closest history

María Luisa GARCÍA-OCHOA ROLDÁN

Recibido: 18 de junio de 2019

Aceptado: 3 de julio de 2019

RESUMEN:

Desde una perspectiva cercana y familiar, María Luisa nos narra anécdotas de la vida cotidiana de su padre, el pintor Luis García-Ochoa.

Palabras clave:

Luis García-Ochoa; Grabados; Pintura.

ABSTRACT:

From a close and familiar perspective, María Luisa tells us anecdotes about the daily life of her father, the painter Luis García-Ochoa.

Key words:

Luis García-Ochoa; Engravings; Painting.

Una familia nunca es perfecta, pero dentro de su historia puede contener un anecdotario divertido. Las tres, me refiero a mis hermanas y a mí misma, nos dimos cuenta de que teníamos unos padres atípicos, fuera de los modelos tradicionales de la familia española de la década de los sesenta. La mayor peculiaridad familiar venía marcada por mi padre. Tener un padre pintor implicaba un día a día distinto, sobre todo porque la cabeza de familia fue mi madre, *mater familias* que protegía la labor de mi padre y resolvía los problemas familiares que, sobre todo y en un principio, eran económicos. Otra característica familiar era la forma de ser de mi padre. Una persona centrada en su trabajo, despistado, seductor, culto y ateo. Siempre tuvo una inteligencia emocional que hizo que supiera rodearse de personas que le ayudaron en su camino, en primer lugar, mi madre, Sagrario Roldán, y luego de nosotras, sus hijas.



Retrato de Luis García Ochoa

Otra particularidad de mi padre era el despiste. Ya de pequeño, fue un domingo al colegio, según contaba mi abuela. Jamás se acordaba de los nombres de la gente, con nuestros amigos siempre le teníamos que recordar cómo se llamaban. Con sus propios clientes y conocidos, pasaba lo mismo. Cuando saludaba se le notaba sobremedida, por la sonrisa, que no tenía ni idea de a quién estrechaba la mano. Un desastre. En una ocasión, seguramente después de hacer un gran esfuerzo, hablando con Martín Aguirre, que le había hecho una reforma en la casa, tomábamos una caña la familia con él y su mujer, a la que Martín llamaba siempre *Cari*. Así que, en un momento de la conversación, mi padre se dirigió a la esposa de Martín llamándola Caridad con

absoluta soltura. Fue la propia *Cari* la que, inmediatamente, aclaró que ella no se llamaba *Caridad*, que el término *Cari*, con el que la llamaba su marido era de *Cariño*. No sé qué pasaría por la cabeza de mi padre, pero fue un momento un poco enojoso.

Muchas veces yendo a por el coche, aparcado en la calle, llegábamos a un punto donde él se paraba en la acera, delante de un hueco de la calle y decía: *El coche estaba aquí*. Lo decía muy seguro, pero nuestra desconfianza nos animaba a dar una vuelta a la manzana y siempre encontrábamos el coche.

Un día hicimos un experimento para probar que sus lapsus eran terribles. Fue una noche, en la que mi madre no se hallaba en casa y él leía en su habitación, serían las once de la noche, teníamos unos catorce años y le dijimos: *nos vamos a la calle, volvemos en un rato*. Él, levantando la vista del libro, nos contestó dándonos su beneplácito. Muertas de risa y sintiendo un poco de pena por su desorientación le respondimos que dónde pensaba que nos íbamos. Él mismo se carcajeó mirando su reloj.

Mi padre fue muy disciplinado en su trabajo y defendía su territorio laboral a rajatabla. Madrugaba y, muy temprano, se bajaba a su estudio, al lado de nuestra casa. No dejaba que nadie le interrumpiera, hasta el punto que, si alguien le iba a ver, sin previa cita, no le abría la puerta.

Nosotras, cuando ya íbamos y volvíamos del colegio solas, antes de subir a casa a comer, íbamos a verle, nos abría, entrábamos un momento, observábamos el cuadro que estaba pintando y nos subíamos. Creo que para él era el aviso de que tenía que limpiar los pinceles. Un día llamamos a la puerta, él salió a abrir y nos sorprendió una potente voz de alguien al que no veíamos desde la puerta por encontrarse al fondo del estudio. Mi padre nos hizo una seña de que guardáramos silencio acercando su dedo índice a sus labios. Pasamos en silencio mientras escuchábamos la voz enérgica que decía: *Bel, belnamita, vietnamita, ¿dónde estás?* Estábamos sobrecogidas de escuchar esa especie de dicción a gritos que no paró hasta terminar lo que leía. Era Carlos Oroza, un poeta amigo de mi padre. El verso transcrito, de oído, no sé si luego fue publicado en alguno de los poemarios de este poeta, compañero de mi padre en el Circulo de Bellas Artes.



Francisco de Quevedo. *Poemas metafísicos* (1981).
Aguafuerte y aguatinata de Luis García-Ochoa

La amistad de mi padre con los poetas y su amor por la poesía le acompañó toda la vida. Dentro de su biblioteca albergaba una colección poética de primera línea, desde la colección Visor hasta los poemarios, dedicados, de todos sus amigos poetas. Algunos de ellos le dedicaron poemas como Ramón de Garciasol o Gerardo Diego. Una tarde, que volvíamos del colegio, entramos en casa y él escuchaba un vinilo que emitía una voz, un tanto ridícula, que recitaba poemas. Atacadas de risa, no fuimos conscientes de que estábamos escuchando a Pablo Neruda con sus *20 poemas de amor y una canción desesperada*. Desde nuestra habitación le seguimos escuchando a carcajadas. Aquella tarde no pudimos hacer los deberes.

Cuando fuimos más mayores, pudimos comprobar con que rigor se enfrentaba a la ejecución de sus libros de bibliofilia. Él ilustró a Antonio Machado, Quevedo, Rilke, José Hierro, Pablo Neruda, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Gabriel Celaya, Blas de Otero, José M^a Pemán, Lorca, Rafael Morales, Antonio Gala, Manuel Machado y José Zorrilla. Antes de comenzar su trabajo leía toda, o casi toda, la producción poética de tan ilustres escritores.

Fue un gran lector y contaba con indignación que, leyendo a la generación del 27, después de la guerra, le echaron de la Biblioteca Nacional por ser pintor y leer poesía.

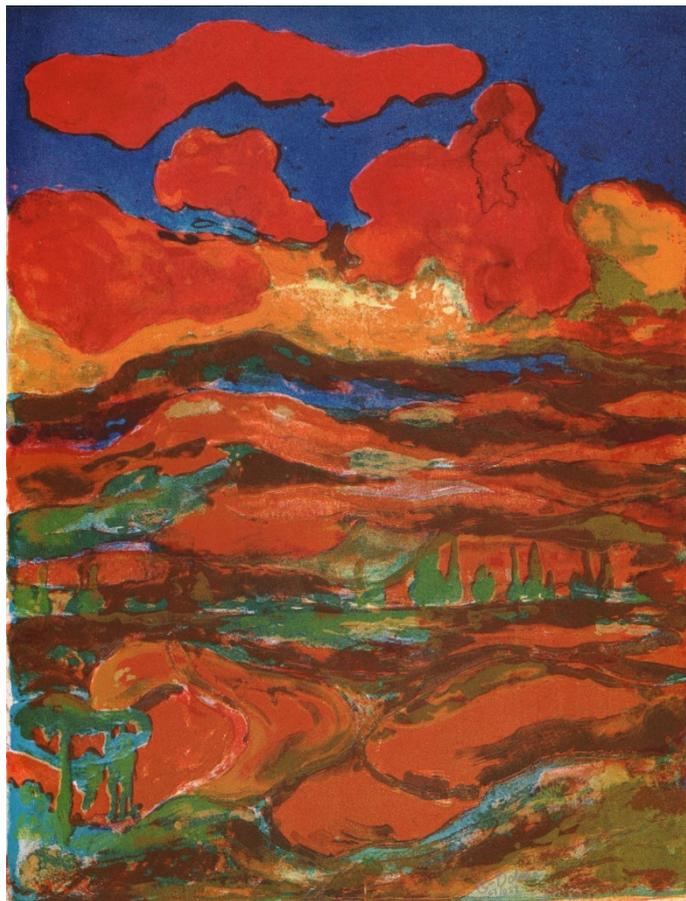
Acudía a la sala todos los días y comprobó que erigían una especie de púlpito donde, una vez terminado, se ubicó el Padre Zamora. Fue él el que se acercó al puesto de lectura donde se hallaba mi padre enfrascado en la lectura y el que le retiró el carnet.

No era creyente, como muchos de sus colegas y amigos. Su condición de agnóstico no le impidió pintar ángeles o a Santa Teresa. No podemos olvidar que un viernes santo, en Olmeda de las Fuentes, con su amigo Fernando Sáez, tras unas copas que se tomaron, les dio por cantar por la calle, cercana a la Iglesia. Iban cogidos por los hombros y entonando a toda voz *¡Oh! Pastor Santo tu reinarás...* Les perseguían de cerca Mary, esposa de Fernando y Sagrario, mi madre, aconsejándoles que cantaran más bajito, sabiendo de sobra que no lograrían que se callaran. Parece ser que, Álvaro Delgado, que vivía en la misma calle, a unos 100 metros, escuchó perfectamente la pieza religiosa del dúo.

Tuvo una época que se aficionó al ajedrez, jugaba con su amigo Juan March y, sobre todo, en el Circulo de Bellas Artes. Recordamos que, en una ocasión, participando en el certamen del Círculo, ya en la semifinal, se quedó a medias en una partida porque su contrincante tenía que salir del viaje. Según él, iba un poco pillado, pero tras cuatro días en los que se empleó a fondo en el estudio de la partida, logró ganarle. Durante esos días toda la familia temió que dejara su profesión de pintor. Él mismo se dio cuenta y terminó por dejar el ajedrez.

Nos contaba muchas anécdotas tras sus periplos pintando acuarelas. Solía irse durante un mes a pintar al aire libre trayendo unas espléndidas acuarelas de las que, luego, hacía versiones en grabados y en pinturas al óleo. Se recorrió España e incluso salió a Venecia, Paris y Nueva York. Mi madre solía ir a buscarle y luego se venían juntos. Durante muchos años se iba en coche, pero, años más tarde, hacía el recorrido en su furgoneta, una fantástica Volkswagen Westfalia acondicionada para vivir. Por contar algunas de estas historietas, fue muy divertido el paisano que, por tierras de Aragón, en mitad del campo se acercó a comprobar qué hacía un señor pintando en medio del terruño y, observando cómo mi padre reflejaba en la acuarela lo que contemplaba, tras saludarle, le preguntó que si era *ingeniero*. Mi padre dijo que era pintor, a lo que el aldeano le contestó: *No importa, aunque no sea usted ingeniero, lo está sacando usted muy bien.*

Cuando pintó en El Escorial, tenía que pedir permiso a los Padres Agustinos para entrar en un prado donde tenía una buena perspectiva del Monasterio. Gracias a su cuñado Miguel, que fue el que le acompañó y habló con ellos, le dejaron entrar en el recinto y cuando se instaló en su silla plegable y organizó todos los enseres para proceder a pintar desde ese ángulo, observó, con terror, que había toros en la finca. Se intentó relajar y practicar la suerte de don Tancredo, la de no moverse para no ser investido por aquellos novillos. En cuanto terminó la acuarela se largó.



Antonio Machado. *Campos de Soria* (1972).
Litografía de Luis García-Ochoa

En uno de sus periplos se fue a pintar acuarelas a Venecia, salía del camping donde vivía en su furgoneta y se cogía un vaporetto para ir a pintar. Iba con una pequeña silla plegable, la gorra, una carpeta con los papeles para pintar, la cartera de las pinturas y un pequeño bolso con sus cosas personales. Así que, las numeraba, en total cinco cosas. Se iba muy temprano y volvía cuando los turistas empezaban a invadir los espacios. Un día, volviendo ya en el vaporetto para ir al camping, comenzó a enumerar su equipaje y, para su horror, se dio cuenta que llevaba cuatro cosas. ¿Qué había olvidado? La silla plegable. Nos lo contaba a la vuelta con verdadera desolación.

En muchas ocasiones luchaba con el tiempo, con el terrible calor del verano, el viento, la lluvia... era un trabajo duro.

En algunos momentos se ocupó en otros trabajos que abandonó enseguida para seguir pintando. Uno de ellos fue cuando trabajó en el equipo de decoración de dos superproducciones cinematográficas, a comienzos de los años sesenta, con Samuel Bronston. Concretamente en *55 días en Pekín* y en *La caída del Imperio Romano*. Contaba los problemas que tenía Ava Gardner con el alcohol y los problemas que ocasionaba para rodar por esta razón. Él formaba equipo con Gil Parrondo. Un día

pintaba unos grandes carteles en caracteres chinos, subido a un andamio, ante la admiración de una muchedumbre de chinos que hacían de extras y que eran lo peor del Soho de Londres; estos, en un momento dado, comenzaron a reírse estruendosamente. Algunos de los caracteres que él dibujaba, copiándolos religiosamente de un papel, debía tener algún error, así que recogió sus enseres y se bajó del andamio para que revisaran el texto en chino. Imposible seguir su trabajo con esa algarabía, una gentuza que era capaz de cualquier cosa.

Al tiempo de terminar el rodaje de *La caída del imperio romano*, también se produjo la caída de Bronston, en parte por el asesinato de Kennedy, ya que estas superproducciones eran subvencionadas por los magnates americanos. Éstos no atendieron a su reclamo ante la incertidumbre que produjo la muerte del Presidente.

El equipo de decoración siguió con otros trabajos cinematográficos, pero mi padre no quiso continuar. Volvía a su pintura, aunque, más de una vez, comentó que si hubiera seguido con ellos hubiera ganado dos Oscar.

El carácter seductor de mi padre creo que fue de nacimiento. Le caía bien a todo el mundo. No recuerdo ningún episodio en el que alguien se le enfrentara. Hablo en términos generales. Tenía sus filias y sus fobias como cualquier ser humano, pero jamás se enfrentaba a nadie, sólo le eludía. Se llevaba bien con todos sus compañeros y tenía predilección por Juan Barjola, Eugenio Granell y Vela Zanetti. Quizá porque eran tan auténticos como él.

Él y Juan Barjola fueron a recibir los premios que les habían otorgado en Valdepeñas, años 60. Se lo debieron de pasar muy bien. Se fueron a tomar unos vinos y, a continuación, les hacían una entrevista en la radio, en directo. Iban un poco chispas y cuando el locutor, haciendo una pequeña introducción antes de la entrevistarlos dijo la palabra *valdepeñeros*, no se sabe muy bien por qué, les dio un ataque de risa y lo contaban con otro nuevo ataque de risa al llegar a Madrid. También contó mi padre que fueron a ver la película *El tormento y el éxtasis*, según él, Juan Barjola se quedó dormido hasta la escena en la que Rex Harrison, que interpreta el papel del Papa Julio II, le pega una torta a Charlton Heston, que hace las veces de Miguel Ángel. Juan, riéndose comentaba: *es que vaya hostia que le da*.

Cuando mi padre iba al norte a alguna exposición, o a pintar, siempre paraban en Milagros a ver a Vela. Se tomaban una botella de coñac que, asombrosamente, no le impedía a mi padre seguir viaje al día siguiente. A veces mi madre también iba y, en este caso, no sé si compartían la botella o no.

Son muchos los episodios divertidos que recuerdo. La pintora Menchu Gal, que era muy ocurrente, se llevaba muy bien con él. Esto es una apreciación mía. Cuando se inauguró el Museo de Arte Contemporáneo en Toledo, mi madre no pudo acudir con el grupo por tener que atender sus quehaceres en La Kábala. Hubo una

escena divertida delante de uno de los cuadros de mi padre, que representaba una señora yacente con unos pechos robustos y ese estilo tan suyo que nunca fue erótico, pero sí exuberante.

Menchu se agarró a su brazo y observando el lienzo le preguntó: *Luisito, tú ¿de dónde sacas estas señoras tan tetonas?* Todos nos echamos a reír por la ocurrencia y por el semblante de mi padre que no sabía qué contestar. En momentos como este, mi padre mostraba atisbos de su timidez, una timidez que olvidaba cuando alguien le animaba a hacer algo que él mismo, solo, nunca hubiera hecho. Le divertían las personas que tenían ese punto de desinhibición, como por ejemplo su cuñado Miguel, también muy auténtico y, a la vez muy extrovertido. Se llevaban muy bien. A los dos les caía mal su suegra, mi abuela, la madre de mi madre, que era terrible. Cuando los dos hacían una fechoría, mi padre siguiendo a mi tío Miguel que era el liante, mi madre y mi tía les intentaban aplacar sin éxito. Un día volvían de tomarse unas copas, en Zarzalejo, y decidieron que las macetonas grandes, con geranios, que mi abuela tenía repartidas por todo el jardín, ubicadas en poyetes de piedra, eran feas. Así que, sin más, empezaron a estrellarlas contra el suelo. Al día siguiente, cuando mi abuela se levantó y vio el destrozo, se preguntaba cuál era la razón de que todos sus geranios estuvieran estrellados contra el suelo. Todos pusieron cara de incógnita y aportando la vaga idea de que hubiera sido ocasionado por el viento. Pero si no hizo viento anoche, insistió mi abuela. Quizá no lo oiría. A los pocos días ya estaban repuestas las nuevas macetonas con más geranios.



París (2006). Aguafuerte y aguatinta de Luis García-Ochoa

En la inauguración de la exposición que hizo en Nueva York, entraron dos señoras mayores. No cumplirían ya los ochenta, iban muy elegantes, pero calzando cómodas deportivas. Hicieron un recorrido observando detenidamente los cuadros y, a continuación, me preguntaron quién era el artista. Yo señalé a mi padre y ellas, inmediatamente, se acercaron a él, le dieron la mano y vi cómo le hablaban. Mi padre, en un intento de escucharlas y de entenderlas, se agachó un poco a su altura galantemente. Me acerqué sabiendo que, con su sordera y su desconocimiento del inglés, le iba a ser imposible comprender lo que le decían. Rápidamente le traduje la enhorabuena que le daban y el sentimiento gratificante que les habían producido sus pinturas. Cuando ambas damas salieron nos entró la risa, a él por su osadía y a mí por su valentía.

Siempre fue una persona respetada y querida por sus colegas, con los que se reunía de vez en cuando, Álvaro Delgado, Cirilo Martínez Novillo, Agustín Redondela, Vela Zannetti, Francisco San José, Eugenio Granell. Algunos de los cuales formaron grupo en Olmeda de las Fuentes.

Quiero terminar este relato con un buen consejo que nos dio a Helena Riveiriño y a mí hace unos siete años. Seguramente, esta forma de pensar es la razón de que cumpliera casi 99 años tras una vida plena. Helena es de mi quinta, pintora, pero, como siempre me comenta, alma gemela de mi padre. Comíamos los tres en un bar cercano a su estudio, en la calle del Pez. Mi padre hacía un recorrido de su vida contándonos los diferentes acontecimientos histórico-políticos que le había tocado vivir, la dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República, la guerra y... por fin el advenimiento de la democracia. Cuando terminó de contar, Helena Riveiriño le hizo una pregunta: Él, que había vivido tanto, ¿qué nos aconsejaba a nosotras en la vida? Tras unos segundos hizo la siguiente afirmación: *Que nada nos preocupe demasiado.*